

LAS TRASLÚCIDAS MANOS

Pasear la secuencia de la obra que expone el escultor Román Hernández me hace recorrer un camino sembrado de momentos. Hecho y visto con sus ojos, repetidos e interpelantes, son otros ojos, cuerpos, mentes, los que te sorprenden y miran, prendidos en su instante de creación o de evolución preciso (la evolución, según Teilhard de Chardin, no es más que el acto creador que permanece). Inquieta su obra desinquieta porque urgen sus figuras mil preguntas. Contemplando e inmerso en cualquiera de ellas siento cómo, soñando en medio de un oscuro laberinto, “las traslúcidas manos” (J. L. Borges) labran su diseño, entregadas a la seducción del primer modelo, y entiendo cómo el artífice reclama no sólo volver siempre a sus orígenes sino encontrar su preciso espacio y tiempo, con su pluriforme sentimiento.

En el demiúrgico impulso creador se atisba de nuevo que la “inspiración poética se distingue por los dones de la imagen y del Número” (Paul Claudel). No en vano su ley “gobierna los sentimientos y las imágenes y lo que parece exterior es simplemente interior” (Flaubert).

Es la verdad de lo que hay y del artista. Las cosas son lo que son y su misterio y hay que alumbrarlas. Sus referencias nos remiten al momento cuando Platón habla del surgimiento y constitución del cosmos en el *Timeo*, espléndida mitología para quienes su condición no tiene otra suerte, nada más y nada menos, que la metáfora. Antes de la existencia física de los cinco elementos, la materia que ha de adquirir forma se estructura conforme a cuerpos geométricos ideales, cuyas superficies poseen lados y ángulos iguales y cuyas aristas reposan sobre una esfera. Son sólo cinco los cuerpos que cumplen exactamente estas condiciones. Los llamamos cuerpos platónicos y con ellos está hecho el universo.

El hontanar recuperado, la materia primera, los cuerpos celestes, los números divinos, macrocosmos y microcosmos al descubierto.

Cuerpo y mente ya traslúcidos, pueden ver y dejar ver la verdad del artesano repasando su obra y del artista sospechando el milagro. En definitiva, a la sorpresa artífice le sucede el sobrecogimiento, momento intenso y prolongado, sin tiempo, anunciación, encarnación y alumbramiento simultáneos y con él la luz y la iluminación, la palabra y la cosa, dueñas ya de sí mismas y de sus provocaciones, de sus estremecedores efectos.

Interpelar al hombre de nuestros días con estos requerimientos metafísicos es una provocación oportuna. Hacerlo desde la experiencia inmediata instando a la intuición y su remoción del caos, un compromiso ineludible.

Así pues, venid y ved cómo el creador contempla el modelo, cómo sucede el trazado del pentágono, la pirámide y el prisma trapezoidal y la función de la indispensable esfera, la esfera sólida para disponer el todo, dentro de una geometría razonada para la construcción del cuerpo esférico de Platón. He ahí el cubo, la pirámide, el octaedro, el dodecaedro, el icosaedro. Contemplad las entrañas de todas las cosas.

Es el momento previo al que deben disponerse todas las materias.

Dejaos sorprender con el ánimo de cada cuerpo, de cualquier cuerpo, los conformes, los deformes y los informes, en cualquier instante, con cada figura y sus modelos, procurad abriros paso en el aventurado laberinto, lugar de nuestros quehaceres. Sentid que la esencia de todo se entrega en su precisa existencia y comprobad que su existencia ha atrapado también la vuestra.

Hay una voluntad discipular y didáctica en toda la obra de Román. En ella se ve al maestro que estudia los pesos y medidas, la armonía y el equilibrio de las cosas, lo que sean en sí, los nombres, los números y los infinitos espejos. Bien vale compartir la mirada, mirando y siendo mirado, interpelación en medio del inquietante laberinto. Ética y estética juntas en el mundo tan contingente como efímero de nuestra experiencia posible. La disciplina y la ascética señalan el camino procesual de una dialéctica abierta definitivamente al Uno, a la Verdad, al Bien y a la Belleza. He aquí los referentes clásicos.

Román, más acá, más allá y al mismo tiempo que el vitalismo órfico, las cosmogonías griegas, el espiritualismo matemático, ascético y místico de Pitágoras, el diálogo platónico, la obediencia y encantamiento de la escolástica —*pange lingua gloriosi corporis misterium* (“Canta, oh lengua, el misterio del cuerpo glorioso”, Tomás de Aquino)—, la fascinación de Luca Pacioli y el torbellino inacabable de una realidad convocando asombros, se sienta a la mesa y cincela instantes y modelos, con su particular ascética y disciplina, cuando ya “no lo turba la fama, ese reflejo de sueños en el sueño de otro espejo, ni el temeroso amor de lo discreto. Libre de la fatuidad y del exceso, labra con sus manos las materias, como si ellas mismas pudieran recuperar su condición de estrellas” (J. L. Borges).

José Segura Munera

Texto del catálogo de la exposición “Homenaje a Luca Pacioli (I)”, editado por el Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, El Rosario, 2002.